

Entre ángeles y demonios

Alonso Bermejo

¿Fueron tan locos los "locos años 20"? Según esta novela, sí.

La principal cualidad que Somerset Maugham pedía a una novela era la capacidad de entretener. Para él, sin esa virtud, no valía ninguna otra. Esta novela del cubano Antonio Orlando Rodríguez tiene no pocos aciertos, pero el principal es su capacidad de cautivarnos, de trasladarnos a otra época para acompañar a los personajes en sus peripecias.

[Aprendices de brujo](#) es un libro difícil de etiquetar. Algunos lo leerán, simplemente, como las andanzas bocaccianas de un par de diletantes gays de los locos años 20. Otros, como el retrato de Bogotá y La Habana en su tránsito a la modernidad. Habrá quienes encontrarán ecos de la novela negra en la subtrama del asesinato en el barrio chino, y los que prefieren la indagación psicológica disfrutarán la autenticidad de la larga confesión en que la actriz italiana Eleonora Duse habla de sus afectos, de la guerra, de la búsqueda de la verdad artística y de los sinsabores de la vida –uno de los mayores logros del libro.

Aprendices de brujo es, además, un homenaje al teatro: a los actores y a los espectadores. Su trama nos permite asistir a una ópera china; a un sainete del Alhambra, el famoso teatro habanero para hombres, y a las funciones de *Espectros*, de Ibsen, y *La ciudad muerta*, de D'Annunzio, por la compañía de la Duse, entre otras representaciones de diferentes principios estéticos.

Dos personajes desempeñan el papel de narradores. Por una parte, un acaudalado bogotano que viaja a la capital de Cuba en compañía de su pareja –otro joven, apuesto y distinguido caballero–; por la otra, la Duse, anciana y sin ilusiones, que intenta a toda costa defender su privacidad. La novela logra un inquietante contrapunto entre esas sensibilidades diametralmente opuestas, pero que se equilibran y complementan como el ying y el yang. El relato desenfadado –y casi siempre, desenfrenado– de Luis Belalcázar permite apreciar mejor la evocación minimalista, pausada y serena de la actriz. ¿El resultado? Un coctel que mezcla humor, lirismo, grotesco e introspección. De haber coincidido en el tiempo, y en el Caribe, Boccaccio e Ibsen se hubieran animado a escribir juntos un libro tan mordaz y desgarrado como este.

Con gran desenfado, Rodríguez mezcla personajes de ficción con otros tomados de la realidad. Sarah Bernhardt, la *Magnifique*, y Esperanza Iris, la "Emperatriz de la Opereta"; el modernista Julián del Casal y el iconoclasta Vargas Vila... Hasta Julio Antonio Mella, iniciador del comunismo en Cuba, tiene un rol principal (y deviene involuntario *sex symbol*).

La novela contiene pasajes hilarantes –como el movido *meeting* obrero por la muerte de Lenin– y otros de un dramatismo sobrecogedor –como la pesadilla que permite a Belalcázar atisbar el futuro de Cuba y los trágicos acontecimientos de que será testigo durante el Bogotazo. Aunque su forma de narrar parece adscribirse al realismo, a Rodríguez no le preocupa mucho la verosimilitud, y por eso introduce, con naturalidad, elementos fantásticos y sobrenaturales: un nigromante chino planifica una transmigración de almas para salvar a un supuesto asesino; en el taller de Edison, en West Orange, el fonógrafo cambia a su capricho las palabras que ha grabado la Duse, y desde el mundo astral, los muertos se empeñan en utilizar a los vivos para cambiar el curso de la historia de Cuba e impedir que "la Isla se hunda en la podredumbre"... (Solo que sus planes para conjurar el maleficio, obviamente, no dieron resultado.)

Aprendices de brujo es una novela de aventuras, irreverente e imaginativa, que disfrutarán por igual el ángel y el demonio que conviven dentro de cada lector.

Publicado en la revista *Newsweek*, edición en español, Miami, Vol. 8, No. 8, 19 de febrero del 2003, p. 47.